

## **La Fiesta De Los Equívocos(1)**

Roberto De Oliveira Campos

Recuerdo que cierta vez, cuando me habían llamado para testificar ante una de las numerosas y estériles comisiones parlamentarias de investigación de Brasilia, escuché de un conocido senador nacional- monopolio de una larga tirada sobre la infame expoliación y la pérdida de independencia de Canadá y Australia, débiles víctimas de los capitales extranjeros. Al terminar el discurso, la única actitud digna de un alma cristiana era meter la mano en el bolsillo y enviar una dádiva a esos oprimidos pueblos... Yo inútilmente traté de intervenir para decir que la situación no me parecía tan tétrica.

En términos de bienestar, Canadá disfruta de una renta por habitante casi diez veces superior a la brasileña, y la de Australia supera a esta última en más de seis veces. En términos de autoabastecimiento (y por lo tanto de independencia con respecto a las importaciones), Canadá tiene superávit o puede satisfacer sus necesidades de algunos artículos esenciales, como petróleo, trigo, aluminio y carbón, que Brasil está obligado a importar. En términos de capacidad militar de defensa, Canadá es uno de los miembros más poderosos de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), cuenta con una producción de acero tres veces superior a la de Brasil y de una industria pesada mucho más evolucionada, que llega a refinamientos tecnológicos tales como la fabricación de aviones y de reactores nucleares.

Casi lo mismo podría decirse, en menor escala, de Australia, cuya producción de acero es dos veces mayor que la brasileña; en tres años espera autoabastecerse de petróleo (con un nivel de consumo por habitante seis veces superior al brasileño) y tener excedentes de gas natural, cobrando regalías a los extranjeros en vez de aplicar impuestos a los contribuyentes nacionales; y en 1970 habrá completado proyectos de extracción de mineral de hierro que pueden asegurarle una exportación de 35 a 40 millones de toneladas, o sea, tres veces la cantidad alcanzada en Brasil en Vale do Rio Doce después de 27 años de lucha (nótese, a propósito, que en tanto Australia domina el mercado japonés y comienza a extenderse en Europa, en Brasil un increíble sabotaje burocrático impide que se autorice una terminal de minerales en Sepetiba para embarcar el mineral de hierro del Vale do Paraopeba probablemente para evitar que compita con el del vale do Río 12 y al mismo tiempo el Ferrocarril Central del Brasil asfixia la exportación, descargando su tradicional ineficiencia sobre la tarifa para minerales).

### **TAN LEJOS DE DIOS...**

Sin ninguna esperanza de convencer al senador crónicamente deficitario en sentido del humorismo agregué que Canadá sufría, sin duda de dos desventajas, una incorregible y otra corregible. La primera, compartida con México, era «estar demasiado lejos de Dios y demasiado cerca de Estados Unidos». O, como ha dicho el Primer Ministro Trudeau, «tener que dormir a la sombra de un elefante». La segunda desventaja, corregible, era la propensión de las firmas controladas por norteamericanos a orientar su política de exportación según criterios globalistas y no nacionales, agravada por la renuencia de

inhibición del Gobierno de Washington para recomendar normas de comportamiento a las filiales de empresas norteamericanas en el exterior en lo que se refiere a la exportación de productos estratégicos a países hostiles y ahora, bajo la presión del déficit en la balanza de cambios, por sus esfuerzos para que se acelere la repatriación de utilidades. Las protestas del Gobierno canadiense están provocando una graduable rectificación de ese comportamiento «extraterritorial» que, por otra parte, constituye más una molestia que una humillación y que no justificaría rechazar la enorme generación de ingresos y de empleos y la inyección de tecnología que representan los capitales extranjeros. Además, la sombra del gigante no le ha impedido a Canadá comerciar con Cuba o con la China comunista. Y, si la proximidad de los países grandes es incómoda, queda el consuelo de que Estados Unidos exporta a Canadá y México sólo inversionistas y no soldados, mientras que la Unión Soviética exporta a Polonia y Checoslovaquia soldados y no inversionistas.

Incapaz de sentir piedad por los canadienses expoliados, considero, sin embargo, que están en peligro en otro sentido: que, habiendo alcanzado un alto nivel de ingresos, ahorros y tecnología, puedan darse el lujo de practicar, si quisieran, un nacionalismo industrial y mineral. El precio sería un ritmo de desarrollo más lento, mayor desempleo y cierto retardo tecnológico. Con un nivel de ingresos por habitante superior a US\$2.000, y ampliamente satisfechas sus necesidades básicas de consumo, deja de ser absurdo sustituir unidades de ingreso por unidades de orgullo nacional mediante la aplicación de medidas restrictivas de la entrada de capitales extranjeros o medidas nacionalizantes de los capitales extranjeros ya existentes. En otras palabras, Canadá estaría en situación de financiar su propio nacionalismo, aun cuando el Gobierno de Trudeau parece suficientemente sensato para preferir que se fortalezca el músculo industrial de Canadá a que se dé el gusto a las cuerdas vocales, tan del agrado de nuestra «retórica independiente»

En el caso de Brasil, el nacionalismo es emocional y divisionista como doctrina política y francamente prematuro como doctrina económica. Lo importante para nosotros es elevar al máximo la velocidad de crecimiento de los ingresos, de la creación de empleos, de la absorción de tecnología. El resto es sentimentalismo.

## **ALGUNAS PIEZAS FOLKLÓRICAS**

El estéril debate en el Poder Legislativo y cosa más inquietante la divulgación reciente de literatura de la línea Prebisch-Furtado-Jaguaribe me han convencido de la importancia que tiene hacer un esfuerzo para combatir la mitología formada en torno del problema de los capitales extranjeros.

Algunos estribillos del folklore indígena, aparentemente armónico para oídos incautos, son cacofónicos para las mentes lógicas. Veamos:

*1) El interés de los capitales extranjeros por las altas y expoliatorias utilidades que obtienen en los países subdesarrollados nos permiten aplicar restricciones e imponer condiciones, regulando a nuestro placer la entrada de capitales.*

La verdad es que desde la última guerra el grueso de los capitales privados se ha encauzado hacia los países desarrollados Europa occidental, Canadá, Japón y Australia y no hacia el Tercer Mundo. Hasta 1966, los países industrializados habían efectuado

inversiones directas del orden de los US\$90.000 millones, y de este total sólo un tercio se había radicado en los países en desarrollo, en la América Latina y en el Caribe, el valor total de las inversiones se calculaba en 15.700 millones, o sea, 17% del total. En realidad, la *proporción* de las inversiones directas efectuadas en los países subdesarrollados parece haber *disminuido* en la última década en comparación con el total de las inversiones.

En el caso de las inversiones norteamericanas en el exterior, para citar sólo un ejemplo la exportación de capitales hacia otros países desarrollados aumentó en 135% entre 1957 y 1967, en tanto que el incremento en los países subdesarrollados fue de sólo 65%.

No hay más que dos explicaciones para este curioso comportamiento, incomprensible a la luz de la teoría marxista del imperialismo: o el rendimiento de las inversiones en el Tercer Mundo no es tan apetitoso como parece, o las grandes empresas obedecen a motivaciones más complejas que el lucro. Probablemente haya parte de verdad en las dos explicaciones. Excluidas las inversiones en petróleo, industria que como se sabe es de alto riesgo y muy lucrativa (Petrobrás, el monopolio brasileño del petróleo, es un caso aparte, pues sus riesgos disminuyen por ser monopolio y sus utilidades aumentan por los impuestos que pagan los contribuyentes, y la empresa parece haber conseguido sufrir pérdidas en operaciones normalmente lucrativas, como barcos petroleros, goma sintética y abonos), la utilidad media de las inversiones norteamericanas en 1967 fue de 10,8% en el Tercer Mundo y de 9% en los países industrializados.

Esa pequeña diferencia no compensa los riesgos mayores de expropiación, inconvertibilidad de moneda e inestabilidad política, tan frecuentes en los países en desarrollo. Sacamos en conclusión, por lo tanto, que existen otros motivos que la utilidad inmediata, el mercado potencial, la distribución geográfica de riesgos, el prestigio de mantener la marca en el mercado y la presión de la competencia.

Casi siempre el rendimiento anormal de ciertas inversiones extranjeras, tomadas aisladamente, se debe a políticas erróneas del propio país recipiente, situaciones temporales de monopolio o excesiva protección aduanera. Así, el problema no está en rechazar las inversiones extranjeras sino en perfeccionar la política económica del país recipiente.

*2) Los empréstitos y financiaciones son siempre preferibles a las inversiones directas porque: a) son más baratas; b) no presentan problemas políticos; y c) mantienen en manos nacionales el control de ciertos sectores básicos de la economía.*

Hay más ilusión que realidad en todos estos argumentos. Dícese habitualmente que los préstamos tienen intereses de 6 a 7% (hoy son apreciablemente más altos) sobre el capital, mientras que las inversiones directas producen una utilidad de 10 a 12%. Esta argumentación pasa por alto que: a) los préstamos no acarrear consigo ni tecnología ni administración, que deben pagarse aparte; b) durante el período de amortización las remesas de divisas se componen de intereses y amortización, lo que puede ser oneroso en materia de balanza de pagos; y e) la obligación de pagar un préstamo es rígida, y a veces exigible antes de termina el proyecto aunque haya paralización de actividades por huelga, crisis en el mercado o quiebra de la empresa. En otras palabras, las transferencias cambiarias *son exigibles independientemente de la contribución del proyecto al ingreso*

*nacional y a la creación de empleos.* En el caso de las inversiones directas, las utilidades son un residuo que sólo existe si la empresa está trabajando, si encuentra mercado y si contribuye positivamente al ingreso nacional; no se transfieren al exterior sino después de terminado el proceso de producción, incluyendo pago de salarios, compra de materias primas, pago de impuestos y una comercialización efectiva. Lo que tiene más importancia es que las remesas de divisas crecen gradualmente con el tiempo y proporcionalmente con la contribución de la empresa al producto bruto interno, mientras que en el caso de los préstamos los pagos pueden proceder y en algunos casos superar el aumento del ingreso nacional generado por el proyecto. Es sabido en Brasil, por ejemplo, que las empresas Companhia Nacional de ALCALIS, COSIPA Y USIMINAS tuvieron que iniciar sus pagos antes de inaugurarse.

La inversión directa, al contrario, equivale a un préstamo perpetuo. Si se paralizan las actividades o la producción es insuficiente, no hay utilidades para girar al exterior. Si la empresa ha obtenido utilidades y no hay disponibilidad de cambios, aquella aguarda pacientemente en fila sin tener que hacer una humillante declaración de insolvencia ante sus acreedores.

Al revés de lo que se dice en la subliteratura corriente, las remesas de utilidades de las inversiones extranjeras no crean problemas de balanza de pagos aunque la inversión esté específicamente orientada a sustituir importaciones o promover las exportaciones, a menos que haya inflación o que las tarifas cambiarias estén sobrevalorizadas. Si se practica una política correcta, la demanda final resultante de la inversión no acusará un aumento mayor que el originado por ella en el ingreso de los habitantes del país; y la venta de la nueva producción elevará la oferta de productos exportables o reducirá las importaciones en una proporción que equilibrará el costo cambiario de las remesas de utilidades. Si la demanda final aumenta menos, proporcionalmente, que el ingreso generado por la inversión, o sí, como sucede frecuentemente, se reinvierte una parte considerable de las utilidades, ciertamente mejorará la balanza de pagos. Esta tenderá a empeorar solamente cuando hay inflación, cuando el estímulo de la demanda interna es superior al ingreso generado por la inversión. Dentro de este razonamiento, la preocupación por concentrar las inversiones extranjeras en la promoción de exportaciones o en la sustitución de importaciones es útil como artificio visual pero innecesario desde el punto de vista técnico. Mejor sería practicar políticas de estabilidad monetaria y realismo cambiario.

En mi atribulada experiencia de negociador de varias refinanciaciones de deudas contraídas imprudentemente por Brasil, nada me parecía más extraño que la teoría de que los préstamos no comprometen nuestra soberanía política y que las inversiones directas la infringen. En la práctica, lo que sucede es precisamente lo contrario. Los préstamos de gobierno a gobierno, así como también los de organismos internacionales, establecen condiciones de conducta y una fiscalización sobre su cumplimiento que tienen por objeto dar a los acreedores una esperanza razonable de que no serán defraudados. Imponen, necesariamente, cierta limitación a la libertad política y económica del país recipiente.

En cambio, las empresas extranjeras establecidas en un país no pueden imponer condiciones ni verificar la conducta del gobierno. Por el contrario, deben comportarse humildemente ante las aduanas, la Dirección de Cambios, el fisco y el sistema bancario, todos los cuales tienen amplia capacidad (y suficiente ingenio) para llevarlas a la quiebra. Únicamente una persona que nunca emprendió una negociación internacional puede pensar

que General Motors limita más nuestra libertad económica que el Banco Mundial; el Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco de Exportación e Importación o la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) de los Estados Unidos.

## **CONTROL SECTORIAL Y COMANDO GLOBAL**

Igualmente equívoco es abogar por la nacionalización de algunos sectores denominados «básicos» para mantener en manos nacionales el *control* de las *decisiones*. La intención es buena, pero el resultado puede ser contraproducente. Lo importante no es el *control sectorial* sino el *control global*. Este se ejerce por medio de la política monetaria, la política fiscal, la política de cambios y el comercio exterior, que son atributos indisputables de la soberanía. Estos instrumentos, bien manejados, son extraordinariamente eficaces. Lo que muchas veces parece ser *excesivo poder económico* de las empresas es simple *incompetencia administrativa* del gobierno. No se trata de un problema de control de las inversiones extranjeras, sino de mejorar la administración pública.

Las intervenciones sectoriales, a través de los procesos llamados «chilenización» o «mexicanización», son innecesarios y pueden volverse negativos. En efecto, pueden obligar a las empresas extranjeras, como medida de defensa, a: a) reducir la transmisión de tecnología o elevar su precio; b) reducir el ritmo de las inversiones; y c) acelerar las remesas de utilidades.

El actual sistema brasileño de nacionalización gradual y voluntaria por medio de ventajas fiscales para las sociedades abiertas a la participación de accionistas nacionales, parece una solución inteligente a fin de elevar al máximo los beneficios de la *nacionalización* sin las desventajas de la *coerción*.

## **LOS HIJOS DE MARX Y DE COCA COLA**

La literatura económica nacionaloide insiste en evitar una opción legítima y practicar una opción espuria.

La *verdadera* opción consiste en elegir entre llevar al máximo la tasa de crecimiento o llevar al máximo la *propiedad nacional de las inversiones*. Por desgracia, la *nacionalización obligatoria* de las inversiones, dada la insuficiencia de los ahorros, implica reducir la tasa de crecimiento. Y aunque se resolviese el problema de los ahorros por la reducción totalitaria del consumo, quedaría el de la tecnología.

La opción *espuria* consiste en presentar unilateralmente el problema como si se tratase de elegir entre *nacionalismo* y *cosmopolitismo*, al mismo nivel de *desarrollo* y de *absorción de tecnología*. Si éstas fuesen las alternativas, todos seríamos nacionalistas. El problema radica en que la dolorosa opción está con frecuencia *entre* exagerar el nacionalismo y sacrificar el modernismo (por ejemplo, ungüentos contra antibióticos, válvulas contra microcircuitos..); entre una sensación *ficticia* del control nacional sobre los sectores básicos de la producción y una extraordinaria dependencia real de las importaciones, una grave vulnerabilidad cambiaria y una tasa de crecimiento incapaz de dar riqueza y empleos para la población en aumento.

El dilema es cruel para todos nosotros, pero tal vez lo sería más para nuestros «adversarios» de la izquierda, porque estos gozan sibaríticamente de la civilización de

consumo mientras insisten en la subversión social. Son, como decía el director cinematográfico Jean-Luc Godard «hijos de Marx y Coca Cola». ¡y qué hijos!

---

(1) Reproducido de PROGRESO, Revista del Desarrollo Latinoamericano con la debida autorización del Editor.